

EL POBLAMIENTO DE LAS TIERRAS CIRCUMPACÍFICAS

HARRY L. SHAPIRO

Hace aproximadamente una centuria que hombres con mentes inquisitivas y curiosas hicieron el extraordinario descubrimiento de que el hombre había tenido un pasado. Empezaron a percibir —vagamente en un principio— los vestigios de una larga etapa de desarrollo humano que la historia había dejado completamente al margen, y que la memoria del hombre había olvidado del todo. Pero es sólo en nuestra época cuando estas primeras exploraciones, hechas un poco a ciegas, pero estimuladas por algún éxito, han logrado algo parecido a la reconstrucción sistemática, si bien limitada, del desenvolvimiento humano en épocas prehistóricas. Estamos bien lejos, por supuesto, de haber alcanzado tal objetivo; en nuestro conocimiento hay aún muchas lagunas que llenar; grandes áreas geográficas de ocupación humana, por ejemplo, apenas se conocen todavía. Sin embargo, no podemos dejar de estar hondamente impresionados por esa evidencia, que durante tanto tiempo permaneció ignorada o a la que no se concedió la suficiente atención cuando la descubrieron el pico y la pala.

A medida que vemos resurgir de nuevo estas épocas pasadas lo que observamos, en realidad, es más que una simple recreación de un periodo particular en la forma en que pudieran haberlo conocido sus contemporáneos.

De hecho, vemos lo que el hombre jamás antes pudo haber visto, y ello porque hoy día es posible sacar ventaja de la larga perspectiva del tiempo. Podemos observar, de este modo, el nacimiento y desarrollo de la civilización en las ciudades recientemente descubiertas del Cercano y Medio Oriente; la emergencia de la tecnología en su forma más primitiva, así como su huella a través de cientos de miles de años; podemos estudiar la revolución que la agricultura produjo en la vida

humana, y su subsecuente desplazamiento a través de gran parte del globo; podemos incluso ser testigos de las secuencias que los estudiosos han venido completando, pieza por pieza, sobre la base de los más inverosímiles materiales. Y es que en los otrora despreciados residuos dejados por la actividad humana, estos expertos han detectado no sólo procesos que resultan haber sido básicos para nuestro propio modo de vida, sino que nos muestran además, un cuadro íntimo dentro de la verdadera naturaleza del hombre. Fragmento por fragmento, a lo largo de comparaciones y análisis interminables y haciendo uso de cada evidencia aunque sólo fuera la posición de un artefacto en el terreno, el diseño que presenta un tiesto, el polen en el suelo o, en fin, el desarrollo de un solo detalle tecnológico—, aquellos especialistas han venido erigiendo, aunque con muchas dificultades, una especie de armazón del pasado. Y si bien con menos alharaca que otros logros recientes de la ciencia, ello no constituye un triunfo intelectual de menor categoría.

He tenido que hacer este prólogo-tributo a los logros de la reconstrucción arqueológica, porque es a esos estudios del pasado, lo mismo que al detallado análisis de las reliquias que ha dejado el hombre en su progreso a través de las edades, que se debe en gran medida lo que hemos llegado a conocer de su línea evolutiva sobre la faz de la Tierra. Porque el errabundaje de la humanidad, sus migraciones y su establecimiento en los más variados rincones del globo forman parte integrante de su historia y no pueden olvidarse en cualquier análisis que se haga de su desenvolvimiento cultural. Y aunque la migración y los movimientos de población están intrínsecamente ligados al cuadro cultural de cada área en el mundo, por alguna razón que yo no podría explicar satisfactoriamente, el establecimiento y la ocupación por el hombre de la tierra firme que rodea al Pacífico y sus prolongaciones insulares —el Anillo Circumpacífico— han suscitado en los estudiosos un interés más sostenido que por cualquiera otra región aislada. Además de su vastedad física y de la complejidad en la dinámica de sus poblaciones, esta zona presenta una unidad fundamental, como trataré de demostrar a continuación.

Sus patrones de establecimiento ilustran, por otra parte y tal como los veo yo, ciertos aspectos básicos de la energética

que motiva el desparramamiento de la población y la difusión de la cultura.

Cualquier estudio que se emprenda sobre la historia de la ocupación humana en las áreas que rodean al Pacífico, así como en las islas en dicho océano, exige necesariamente un número de preguntas de primera importancia. Necesitamos saber de dónde vino esa población y cuándo vino. Cabe preguntarnos también cuáles fueron sus relaciones biológicas y culturales con el resto de la humanidad, y a la vez trataremos de descubrir los caminos que tomaron esos pueblos hasta alcanzar su destino final. Todo ello, por supuesto, no es más que el principio. Detrás de tales problemas hay otra serie de interrogantes que no me incumbe formular aquí: más para contestar las que acabo de mencionar dependemos únicamente de las pruebas que existen y, lo que es más importante aún, de la confiabilidad que podamos concederles; la evaluación de esos testimonios es de tanto significado como su propio descubrimiento. De ahí que, antes de formular una valoración de los puntos de vista que se tienen acerca del poblamiento del Anillo Circumpacífico y de intentar establecer una hipótesis de trabajo que los expliquen, creo puede ser útil y —espero— clarificador, si examinamos algunas de las dificultades en la interpretación de la evidencia a nuestro alcance.

¿Qué camino debe uno seguir para el delineamiento de una trama de hechos tan complicada como ésta, especialmente si no olvidamos que la mayor parte de la misma tuvo lugar en tiempos prehistóricos, es decir sin ningún registro de tales hechos de los cuales, consecuentemente, carecemos de informes de tipo histórico o de testificaciones de lo que ocurrió realmente? Lo mismo que en las reconstrucciones arqueológicas que mencioné antes, podemos y de hecho hacemos uso de los restos que ha dejado el hombre, tanto de él mismo (huesos) como de los productos de su cultura. Pero toda vez que las poblaciones actuales son descendientes de algunas, si no de todas, de sus predecesoras en un área específica, es posible rescatar ciertos indicios útiles a partir de sus rasgos biológicos, de sus tradiciones culturales, de su lenguaje y, con las debidas reservas y precauciones, de alguna variedad de tradición oral: mitos, genealogías y otros datos de naturaleza similar. No todas estas clases de evidencia tiene igual importancia, o debería más bien decir que la interpretación de

alguna está sujeta a una mayor variación que otras. Las que se prestan a menor controversia, si es que puedo hacer esta distinción, son los sitios arqueológicos en que hay restos de ocupación humana, pues éstos nos prueban, por lo menos, que el hombre estuvo en tales lugares. Esto, desde luego, ya es algo y, si se trata de regiones actualmente deshabitadas, puede ser de mucho valor. Mas para nuestros propósitos resulta ser poco, puesto que ya sabemos, debido a la existencia de poblaciones históricas, que el Anillo Circumpacífico estaba ya más o menos ocupado completamente cuando los europeos llegaron al lugar de la escena. Ahora bien, buscando más allá de este simple hecho de la existencia de restos humanos, entramos ya en un terreno sembrado de trampas, en que otros mejores que yo han caído; ello exige por tanto la más cuidadosa vigilancia. Esto, supongo, nos explicará: 1) por qué los estudiosos, al menos algunos de ellos, tienen tendencia a usar frases como "quizá" o "puede ser", y 2) el porqué de la constante revisión y puesta a prueba de las hipótesis en relación con los nuevos descubrimientos; y por qué también esas hipótesis forman en realidad parte inevitable del método de la búsqueda gradual de la verdad y de la solución última.

Permitaseme ilustrar lo dicho con unos ejemplos. Tomemos para ello el caso de la datación —la armazón cronológica del arqueólogo—, en la cual los diversos eventos que estamos considerando deben encontrar su sitio en el tiempo para formar un todo consistente. Tal arreglo puede hacerse de diversos modos, de los cuales voy a mencionar solamente dos. Uno es el empleo de huesos o dientes de animales extinguidos, si por fortuna estos elementos se encuentran en el sitio arqueológico en cuestión. Es obvio que para que tengan utilidad deben hallarse en asociación innegable con restos humanos y, así, probar su contemporaneidad: si se sabe la época en que tales animales se extinguieron, podemos decir entonces que los seres humanos descubiertos en asociación no fueron, al menos, posteriores a ellos. Pero ocurre en muchos casos que el lapso en el que dicha fauna desapareció se conoce sólo de modo dudoso, y a veces también hay la posibilidad de considerar a los mismos animales como ejemplares supervivientes en áreas aisladas o de refugio, después de que el resto de los mismos habían perecido en todas partes. De ahí que, cuando nuestros conocimientos acerca de la fauna extinta se han ido haciendo más

exactos, ha exigido tener que hacer revisiones, no muy espaciadas por cierto, de las fechas que ya estaban asignadas a los restos humanos asociados.

Otro método para lograr un fechamiento es mediante la técnica del carbón 14. Al principio pareció ser la garantía de una total objetividad, de una confiabilidad incontrovertible y de una determinación absoluta de las fechas; tal método nos iba a dar, pues, una tranquilidad científica, en forma regular, y bastante certeza mediante el cálculo del error probable. El sistema se basa en el hecho de que todos los entes biológicos absorben, mientras viven, carbón 14 tomado del oxígeno que nos rodea. Al llegar la muerte a estas estructuras orgánicas, el carbón 14 que había sido incorporado previamente en sus tejidos empieza a desintegrarse, a un ritmo regular predecible. Así, la cantidad de carbón 14 que queda en los tejidos ya muertos es proporcional al tiempo transcurrido a partir del deceso. El resultado final, sin embargo, depende especialmente de las técnicas desarrolladas en el laboratorio para medir el tiempo en términos de la premisa que ha servido de base. Dicho resultado parece, en general, merecer confianza y, desde luego, es de valor inestimable. Mas como ya reza el dicho, "los números no mienten, pero se les puede hacer que lo hagan", la técnica del carbón 14 no miente, pero la muestra que se da para el análisis puede tener defectos para el propósito de que venimos hablando. En efecto, pudo haber sido contaminada, lo que en consecuencia puede conducir a obtener datos equívocos; por fortuna, esto ocurría —confío yo— más frecuentemente al principio que ahora. Además, los accidentes en la manipulación cuando se excava pueden hacer creer, a veces, en una asociación falsa y, por tanto, conducir a fechas erróneas. Por esta y otras parecidas razones la literatura está llena con datos de fechas antiguas que han tenido que ser abandonadas o al menos revisadas al obtenerse nuevas evidencias que las hicieron insostenibles, o que han puesto de manifiesto la incertidumbre de sus fundamentos.

Sólo voy a mencionar otro tipo de razonamiento que se emplea bastante para obtener información de las reliquias mudas pero preñadas del pasado y de las cuales uno cree, esperando, extraer datos vitales. En su forma más simple, se trata de comparar la forma, decoración y otras características de un conjunto de artefactos de determinada área con los mismos

rasgos de otro juego de objetos de otra parte. La idea en que se apoya este procedimiento es la de que un grado estrecho de semejanza indica parentesco, ya sea por transferencia de una región a otra, ya por origen común de las dos en una tercera área. Aun sin entrar aquí en las implicaciones de tal método, bien sea en la naturaleza de los fenómenos en comparación, bien en las inferencias que es factible obtener de él, hemos de reconocer que es una técnica virtualmente empleada en todas las investigaciones científicas, y podemos considerarla piedra miliar de muchas teorías ampliamente aceptadas. Sin ella toda la taxonomía animal y las relaciones que de éstos han establecido los zoólogos se vendrían abajo. No obstante, cuando se aplica a la actividad humana un recurso tan útil, simple y fructífero como éste, se convierte frecuentemente en materia de controversia. Dejando a un lado los casos relativamente excepcionales de una identidad completa, existen numerosos ejemplos, casi en cada región cultural, en los cuales las cosas, los diseños, los mitos, las tradiciones y una variedad de otras categorías en dos regiones geográficas, claramente separadas, presentan grados diversos de similitud. Y aquí es, precisamente, donde estriba la dificultad. Si lo que para un hombre es el pan para otro hombre es el veneno, bien podemos afirmar, con igual derecho, que lo que para uno es diferencia para el otro es semejanza. No voy a inmiscuirme aquí en el sutil arte de calificar a quienes califican. Pero si admitimos como legítimas las comparaciones y los grados razonables de similitud, queda aún el juicio subjetivo en cuanto a si la semejanza es lo suficientemente fuerte para fundamentar un pretendido origen común. La verdad es que en este campo no existen pruebas absolutas; en consecuencia, las opiniones varían.

La segunda dificultad que neutraliza el uso fácil del método comparativo es algo que los antropólogos llaman la unidad psíquica de la humanidad. Es una vieja doctrina—algunos la llaman dogma—cuyas raíces arrancan de los primeros días de la teoría antropológica, lo que demuestra que el problema no es de ahora. En efecto, la unidad psíquica presupone que el hombre es el mismo en cualquier parte y, de ahí que esté dotado con idénticas capacidad y posibilidades. Las gentes, en consecuencia, llegan, de modo completamente independiente, a soluciones similares y aun idénticas para un

mismo problema; o, dicho de otro modo, discurren técnicas comparables para producir los mismos resultados, o conciben fortuitamente formas y diseños de notable parecido. Obviamente esto es un obstáculo que con toda probabilidad induciría a cualquier antropólogo que intentara relacionar una pieza cerámica de rasgos especiales, hecha en América, con un origen asiático. En tales circunstancias, quienes usan el método comparativo sofisticadamente encuentran poca validez en la unidad psíquica más allá de las actividades más simples y básicas. Por supuesto, yo he exagerado algo en esta confrontación, y aunque se nota un debilitamiento de esta doctrina Monroe de la antropología americana, no obstante algunos remanentes de su influencia continúan dificultando la posición de los difusionistas, quienes aceptan que muchos aspectos de la cultura son bastante individualizados y poco probable que se reproduzcan en toda su complejidad en otra región. Los difusionistas pueden tener un consuelo paradójico en el hecho de que aun en los aspectos más primitivos y elementales de la tecnología de la piedra en el Paleolítico, cuando la unidad psíquica debe de haber actuado mejor, si es que lo ha hecho alguna vez, no encontramos que el hombre haya desplegado una uniformidad universal.

Me he referido a estos problemas de método con el fin de explicar por qué es necesario tener precaución al interpretar los datos fragmentarios de la prehistoria, por qué es deseable comprobar una y otra vez siempre que sea posible, y por qué para el público en general los antropólogos siempre parecen estar contradiciendo las excitantes fantasías de los escritores populares, quienes periódicamente hacen surgir el Continente de Mu desde las profundidades del mar y colonizan el Pacífico desde sus rebosantes costas. Ahora bien, con mi actitud se corre el riesgo de que el lector se vuelva demasiado escéptico en relación con cualquier reconstrucción del poblamiento del Pacífico que yo mismo le pueda ofrecer. En contestación a esto debo aclarar que cualquier reconstrucción del pasado es como una hipótesis que se establece, en la mejor forma en que uno puede idearla, para satisfacer la evidencia que se tiene y para organizar una armazón compatible con ella. Si se obtienen más testimonios que den apoyo a la hipótesis, ésta gana fuerza en confiabilidad: si las nuevas pruebas la

contradicen, hay que modificarla. En esto radica la esencia no dogmática de la ciencia.

Las tierras circumpacíficas son, curiosamente, una región que incluye algunas áreas donde el hombre ha vivido casi desde que existe, así como otras que son, tal vez, las últimas sobre la faz de la Tierra en que se ha establecido el ser humano: de acuerdo con fechas recientes de carbón 14, de esto no hace mucho más de 2 000 años. En Java, se sabe que el hombre primitivo —en la forma del *Pithecanthropus*, sus predecesores y congéneres— ha existido desde hace tanto tiempo como el Pleistoceno medio, y posiblemente desde antes: en términos numéricos esto puede ser hace unos 500 000 años. Sólo de regiones como el África oriental y del Sur se tiene noticia de haber albergado a criaturas tipo hombre antes de esta fecha. Ningunos otros descubrimientos de restos de hombres contemporáneos se han hecho en las islas cercanas o en la tierra continental vecina, pero es muy probable que aquéllos hayan vivido allí por varias razones. Existieron tierras en el Pleistoceno inferior y medio que sirvieron como puentes, lo que hizo posible la migración de animales a través del Sudeste asiático y lo que hoy son las Islas indonesias: el hombre pudo haber hecho uso de estas mismas rutas. En segundo lugar, un tipo de hombre relacionado con el anterior, pero más evolucionado, fue descubierto cerca de Pekín, correspondiente a un periodo en cierto modo más reciente.

Hay, empero, otras huellas de ocupación humana además del hombre mismo. Los utensilios que fabrica y emplea son igualmente indicaciones incontrovertibles de su presencia. Tales implementos han sido encontrados a lo largo de toda esta zona: y son tan antiguos como el segundo interglaciar, y pertenecen a una tecnología tan diferente que Movius la ha llamado tradición de los "percutores" (Chopper chopping). Las diversas variedades locales como la Soaniense, la Anyathianiense y la de Choukoutien, recogidas en China, Birmania y áreas adyacentes, señalan una ocupación bastante extensa y muy antigua en esta sección del Anillo Circumpacífico. Un informe reciente de Ann Sieveking sobre la cultura Tampaniana de Perak, Malaya, sugiere que estos restos culturales pueden ser más viejos aún, y que quizá provengan de una época tan antigua como el principio de la primera glaciación.

Pues bien, ahora que ya tenemos al hombre viviendo en

la margen occidental del Pacífico (China, Sudeste de Asia e islas adyacentes) en tan tempranos días que desde entonces han transcurrido 500 000 años, ¿qué puede decirse del resto del Anillo? Nuestros mejores datos actuales nos dicen que esta zona ha estado sin ocupación humana hasta tiempos relativamente recientes. Durante miles, en realidad cientos de miles de años, los antecesores humanos del *Homo sapiens* parece ser que permanecieron en esta pequeña sección de la zona costera del Pacífico. La expansión hacia el Sur y en última instancia hacia Australia estuvo bloqueada por ser una población que carecía de recursos técnicos para cruzar el mar. Por lo que al Norte se refiere y quizá en último análisis hacia la orilla oriental del océano, el paso estuvo cerrado para estos hombres primitivos durante los periodos de glaciación y aun durante las fases interglaciales, ya que hasta ahora no se conocen restos de hombre cuya fecha se retrotraiga a la era de que venimos hablando.

Mas, si esta antigua población permaneció relativamente confinada en el espacio, sufrió entre tanto cambios en el aspecto biológico a lo largo de todos estos milenios. Y ora haya sido a través de un impulso propio, ora debido a la inmigración de nuevos tipos de las zonas hacia el occidente, o como resultado de ambos factores, el *Homo sapiens* reemplazó eventualmente a aquellos primitivos habitantes. Así, cuando llegamos al Paleolítico superior encontramos a esta especie en todas sus manifestaciones, tal como lo estaba en Europa y otras regiones del mundo. No está claramente fijado para esta zona, como lo está para Europa, el momento en que tuvo lugar dicha transformación; pero a juzgar por los importantes descubrimientos hechos en la Cueva de Niah, Borneo, ello ocurrió al menos hace de 30 a 40 mil años. Estos hallazgos son importantes también porque esclarecen el hecho de que la ocupación humana de las grandes islas indonesias había continuado sin interrupción desde mucho antes del tiempo al que me he referido. Del mismo modo, un número de descubrimientos recientes en China corroboran esta secuencia, si bien sus datos son en cierto modo menos específicos. Tres cráneos de la llamada cueva superior, cerca de Choukoutien y que datan del Paleolítico superior, han contribuido también a ampliar nuestro conocimiento de los hombres de este periodo; y no ofrece duda que tales indivi-

duos ya eran como nosotros, es decir *Homo sapiens*. Sin embargo, sus relaciones raciales son mucho menos claras. Pero es de interés el que algunos especialistas hayan encontrado en estos cráneos semejanzas con los mongoloides y melanesios actuales. Además, los cráneos de Wadjak, Java, muestran fuertes similitudes con los aborígenes de Australia; por otra parte, Van Heekeren cree que los Negritos (grupo parecido a los pigmeos) existían ya en esta área general. Así, pues, hace 40 a 50 mil años que los elementos de la población con la que vamos a tener que ver en el poblamiento final del Anillo Circumpacífico ya estaban establecidos, parece ser, en el núcleo de toda esta enorme herradura del Océano Pacífico.

Pero el impulso que dio fuerza a la corriente de población y de difusión cultural en esta gran zona-núcleo parece que era más claro y persistente en el Sudeste asiático y en China del sur. Al presente se considera como más probable —de acuerdo con los testimonios aseguibles— que esta gente y su cultura se desplazaban más bien del Sudeste de Asia y de China hacia las islas de Indonesia y no en sentido inverso. Van Heekeren ve en la industria de lascas de Sangirán una continuación de aquella corriente que, en el Pleistoceno tardío, se desplazaba a través de los puentes formados por tierras re-emergidas, y que estaba asociada con el Hombre de Solo, en Java, hace unos 35 000 años. En la Cueva de Niah, Borneo, encuentra Solheim que los restos del Paleolítico son similares a los tipos de tierra firme hallados hasta ahora, precisamente en la India.

En este periodo, las migraciones en tierra firme estaban comenzando a alcanzar Japón, que antes había estado aislado de la ocupación humana debido a su inaccesibilidad. Recientemente han sido identificadas dos corrientes de difusión por Serigawa e Ikawa: la primera es una tradición de hachas de mano llegada del Sudeste asiático; la otra es una industria de pequeñísimas hojas cortantes procedentes de las áreas más al norte, en China.

Al final del Paleolítico y principio del Mesolítico, el movimiento de los grupos y, consecuentemente, la expansión de la cultura es evidente que adquieren el tono de una mayor dinámica. Esta apreciación mía es resultado del reconocimiento de que la mayor abundancia del material para este periodo puede influir inconscientemente en la actividad del

juicio que uno se forme; sin embargo, el aumento de la expansión geográfica de los sitios de ocupación, así como el enriquecimiento de la sucesión cultural no puede negarse. Es en este periodo, visto de modo general, cuando encontramos que el hombre llega por primera vez a Australia.

Quizá sea un poco prematuro definir ahora el patrón de establecimiento en Australia si se quiere ir más allá de una declaración tentativa; y ello porque solamente en la última década, o cosa así, es cuando se han llevado a cabo trabajos arqueológicos de tipo moderno en esta región; de ahí que el número de sitios con estratigrafías y fechamientos son todavía escasos. A los restos culturales más antiguos, corrientemente llamados Kartan por Tindale, uno de sus principales investigadores, bien puede asignársele una antigüedad de 13 000 años y hasta posiblemente más. Tanto él como McCarthy han identificado los característicos artefactos líticos de este nivel como similares al Hoabhiniano del Sudeste asiático. Una serie de tradiciones culturales sucesivas han sido ya identificadas, siguiendo la misma línea; pero su amplitud y relaciones aún están en discusión.

No obstante el intento, todavía no se han podido esclarecer los elementos de población asociados con estas culturas; pero las investigaciones de Birdsell sugieren que, al menos tres elementos étnicos contribuyeron a formar la población histórica, y que muy bien pudieron haber llegado al continente australiano en diferentes épocas, llevando consigo cada uno una tradición cultural distinta. Un hecho que despierta mucho interés es por un lado, el de la semejanza del cráneo de Niah, ya mencionado (en Borneo) y cuya edad es de 40 000 años, con rasgos de Tasmanianos; por otro lado grupos del tipo de los Negritos han sido identificados en otras partes de Australia. Cualesquiera, empero, que sean las conclusiones finales, no puede haber duda acerca de que el punto de origen de la población queda atrás, en la zona-núcleo del Sudeste asiático, China e Indonesia. Por tanto las rutas hacia Australia tenían su paso a través de Nueva Guinea o alrededor de ella, y sirvieron para llevar la población a esta isla propiamente. Ahora bien, si Nueva Guinea fue poblada primero o solamente al final, es algo que no se puede contestar por ahora: esta es una región cuya prehistoria sigue siendo un misterio. Pero si tenemos en cuenta que Nueva Guinea

ý sus islas vecinas eran inaccesibles, salvo por navegación, parece probable, como otros lo han señalado, que el hombre no pudo haber llegado allí antes de que su tecnología le hubiera dado los medios para semejante viaje.

Es muy significativo que durante todo este largo periodo y mientras el hombre realizaba sus movimientos migratorios hacia el Sur —los que tenían como punto de partida Indonesia y el Sudeste asiático—, otros movimientos se iniciaban precisamente con dirección Norte, siendo estos últimos los que, eventualmente, pudieron haber alcanzado las tierras inhabitadas del Nuevo Mundo. Y es tentador pensar que los sucesos que dieron origen al movimiento del Sur pueden haber tenido algo en común con las fuerzas que igualmente activaron la corriente hacia el Norte.

El poblamiento del Nuevo Mundo es uno de los problemas más clásicos de la antropología americana. Se remonta hasta el momento mismo del Descubrimiento, cuando los españoles se quedaron perplejos, aunque no por mucho tiempo, a causa de la existencia en las nuevas tierras de una rama de la humanidad que era desconocida del mundo occidental. La verdad es que hasta una de las escuelas de pensamiento contemporáneas llegó a preguntarse si a dicha rama la formaban hombres verdaderos, es decir hombres con almas, ya que no aparecían mencionados entre las criaturas de Dios provistas de aquel atributo. Una solución a este problema, sin embargo, ganó gran aceptación entonces y fue la ofrecida por Gómara, pues venía a embonar admirablemente en las ideas del siglo xvi, y todo el mundo podía entenderla: Gómara sugirió que los indios americanos eran descendientes de las Tribus Perdidas de Israel. Cómo lograron dichas tribus llegar a América es algo que no llegó a explicarse de modo convincente. Y quizá porque esta versión del poblamiento del Nuevo Mundo no sobrevivió, excepto en alguno que otro lugar, continuó interesando a ciertos estudiosos y ejercitando su curiosidad. Así, por ejemplo, a Jefferson llegó a preocuparle vivamente. Después, en el siglo xix, con el desarrollo de la antropología en los Estados Unidos, los expertos comenzaron, por primera vez, a buscar, como pudieron, pruebas que sirvieran al esclarecimiento de la incógnita; y así fue como, en estos años formativos de nuestra ciencia, pronto se volvió evidente para la mayor parte de los estudiosos, que el origen de los

indios había que buscarlo en Asia y que su paso hacia acá debió ser vía Alaska y posiblemente la Costa Noroeste. Los cálculos acerca de la antigüedad del hombre en el Nuevo Mundo llegaron a fluctuar con amplitud, alternando entre las interpretaciones exageradas de los datos recién descubiertos y su estimación de poco valor. En la década de 1920 los pensadores que obraban con gran cautela salieron airoso y se convino, en general, en que las migraciones asiáticas no pudieron haber alcanzado el Nuevo Mundo, si es que fueron ellas, mucho antes del año 4 000 a. C. Desde los días en que predominó esta idea hasta la actualidad se han venido acumulando muchos nuevos testimonios, gran parte de ellos controlados cuidadosamente por técnicas científicas, y varios fechados con el Carbón 14, lo mismo que con otros métodos. De este modo estamos ahora pisando terreno más firme al evaluar la antigüedad del hombre en este Continente.

Dejando a un lado, por el momento, las ideas de unos pocos investigadores que creen en una antigüedad considerablemente grande, el consenso general entre los arqueólogos es de que por ahora no cabe pensar en una fecha más allá de 12 a 13 mil años, apoyándonos en testimonios que responden al criterio más riguroso y exigente. Esto no significa, por supuesto, que no pueda aceptarse una mayor antigüedad si futuras excavaciones así lo sugieren. Las perspectivas son, en efecto, si tomamos un sitio idóneo para el caso, como Valsequillo (en Puebla, México), de que probablemente haya que retrotraer más la antigüedad de la ocupación humana en América. Y existen otros casos. Pero aun con todo esto, una re-evaluación optimista no permite prolongar la perspectiva del tiempo más allá que lo que muestra la Cultura de Sandía.

Esta situación respecto a la época del primer establecimiento humano en nuestro Continente cae dentro del patrón formado con pruebas que vienen de varias direcciones. Así, Chard ha hecho recientemente un estudio de las investigaciones arqueológicas rusas en el Noreste asiático (área de la cual pudiera haber emigrado la población americana) e informa que las culturas más primitivas encontradas allá sólo se remontan a unos 12 mil años. Ésa es una región arqueológica, no obstante, que no se conoce muy bien todavía, por lo que podríamos considerar este dato como aproximado solamente: una

pequeña prolongación de la fecha hacia el pasado encajaría mejor con las dataciones más antiguas para América.

Es digno de notar que, visto de modo muy general, los datos sobre ocupación de Australia son comparables, *grosso modo*, con los de América; lo cual sugiere que la fuerza expansiva, habiéndose originado en la zona-núcleo de que hemos hablado, se manifestó, en forma de pequeñas oleadas, hacia direcciones opuestas: una hacia el Norte, la otra hacia el Sur. Las afinidades raciales, sin embargo, de los migrantes de uno y otro rumbo eran completamente diferentes, si tomamos los cráneos de Midland y Tepexpan como característicos de la corriente más temprana de colonizadores de América: son totalmente distintos de los tipos australianos, con sus rasgos mucho más propios de los Negritos y del tipo tasmaniano. Tienen, al contrario, según los han descrito, características que se conforman con los patrones raciales de los indios de América.

Al llegar al Nuevo Mundo, avanzando a través de Alaska, los recién llegados continuaron hacia el Sur, rumbo que tenía vía libre en aquellas circunstancias y, según lo que ahora sabemos, se asentaron eventualmente en toda la costa oriental del Pacífico. Hasta qué grado esta migración fue acuciada a seguir desplazándose por la presión que venía atrás, y hasta qué punto llegó la expansión natural de un pueblo cazador y recolector al explotar los ricos recursos de una tierra virgen son preguntas que, al presente, no podemos contestar aún. Y, desde luego que, aun tratándose del índice de impulso con que avanzaron hacia el sur, es algo que sólo podemos sugerir en forma tentativa.

Como ya indiqué antes, hay quienes disienten de la teoría acerca de que el principio de la ocupación humana del Nuevo Mundo pueda fecharse a lo sumo como habiendo ocurrido hace unos 13 000 años: por ello se deja abierta la posibilidad de un marcado desplazamiento hacia atrás en el tiempo. Krieger ha sintetizado, en un artículo reciente, las bases de tal discrepancia, inclinándose por una antigüedad que llegaría a los 35 o 40 mil años. Es el punto de vista de una minoría con ideas distintas. Mas, en un campo de investigación tan activo como éste, sería arriesgado negar la posibilidad de que tal creencia pueda llegar a tener validez a satisfacción de todos. Un fechamiento como este último retrotraería la invasión de Norteamérica hasta la última glaciación, o sea cuando al bajar

el nivel del mar en Alaska debe haberse formado un ancho paso de tierra, libre de hielo, con su extensión mucho más cerca de Asia, lo que hubo de permitir a un pueblo cazador haber seguido a los animales hacia el Nuevo Mundo. Este cuadro coincide también en cuanto al tiempo en que el *Homo sapiens* apareció por primera vez en su completo desarrollo en Europa y Asia. Ahora bien, cualquiera de estas reconstrucciones que, al final, demuestre ser la verdadera, no afecta al tema central que aquí trato, excepto su localización en el tiempo.

Una vez iniciado el establecimiento en Australia y en el Nuevo Mundo, ya no cesó la migración que venía del Este y Sudeste de Asia. En los siguientes periodos (neolítico, del bronce y del hierro) siguieron sucediéndose las corrientes, tanto de grupos como de ideas, y extendiéndose a manera de una inundación que, al cubrir una cada vez más amplia región, iba enriqueciéndola con sus depósitos fecundos. En particular, el área insular de archipiélagos del Pacífico occidental, antes deshabitados, ahora fueron ocupándose. El último fue el de las islas de Polinesia, zona en la que las primeras indicaciones de ocupación humana pueden fecharse en época tan reciente como fines del primer milenio a. C.

A medida que nos acercamos al periodo histórico, la clase de testimonios que estamos considerando, se hace tan rica que se vuelve embarazosa; y es de verdad tan abundante que resulta difícil condensarlos en un trabajo tan breve como el presente. Voy a adoptar, en consecuencia, el recurso de elegir ejemplos de las tendencias que ilustran la tesis bosquejada. A pesar de la documentación inadecuada de gran parte de la evidencia recogida en esta área, surge de todas maneras un patrón definitivo que puede perfilarse claramente y está apoyado en investigaciones satisfactorias. Por la gran ayuda que he obtenido en mi estudio del vasto conjunto de datos disponibles, estoy muy agradecido a la infatigable labor de Heine-Geldern, que ha sido ciertamente monumental.

En las fases postreras del Paleolítico tardío y en las primeras del Neolítico —que parecen haber ocurrido un poco más tarde en esta parte del mundo que en Europa—, aparecieron dos tradiciones en el Sudeste asiático que, por cierto, han sido documentadas con toda claridad por Colani y otros: a una se la conoce como Hoabhiniana y a la otra como Bacso-

niana; y aun hay cierta asociación tentativa de ambas culturas con un tipo de población papúo-melanesio. La asociación de los esqueletos de la que proviene esta conclusión, aunque más bien fragmentaria, ha sido encontrada en diversos sitios independientes, y estudiada por varios especialistas, todos con resultados semejantes. Las dos culturas, parece ser, se extendieron ampliamente hacia Indonesia (incluyendo Filipinas) y, es muy posible, todavía más lejos en dirección a Nueva Guinea y Melanesia. Esto resulta evidente de la actual existencia en esta región, de gente similar en su carácter racial con el pueblo prehistórico asociado a dichas culturas en Indonesia y Sudeste asiático. Tal deducción se ve reforzada, además, por el hecho de que esta población ha desaparecido, hace ya bastante tiempo, de estas últimas áreas, si bien en forma muy lenta.

Ahora bien, en el periodo Neolítico, continuó el flujo tanto de poblaciones como del correspondiente bagage cultural que salían del Sudeste asiático y China. Tenemos entonces —ya muy avanzado el segundo milenio a. C. y justo antes de iniciarse el periodo de la historia tradicional—, al menos cuatro grandes oleadas de cultura que se desplazaron desde varios puntos del Sudeste asiático y China hacia Indonesia, siguiendo por las costas del Pacífico y aun más allá. Quizá sea un poco prematuro, en esta etapa, intentar una reconstrucción más detallada del pasado de tal región. No es necesario, pues, que yo subraye el hecho de haber grandes lagunas que llenar aún. Los hechos aparentes precisan ser comprobados, a estas alturas, mediante un análisis crítico a nivel profesional. Heine-Geldern, uno de los expertos más preparados con respecto a dicha área, opina que fue durante este periodo que el grupo de lengua austro-asiática (que dio origen a los idiomas actuales de Papúa y Melanesia) se desplazó —a través de Indonesia— hacia Melanesia, y que estaba caracterizado culturalmente por una tecnología lítica peculiar que llama Cultura Walzenbeil; y cree, asimismo, que la gente de habla austronesia se desplazó, en otra oleada cultural, hacia Indonesia. Fue igualmente por esta época que se estableció el complejo racial que conocemos hoy, el cual ejerció después presión hacia la periferia sobre la mayor parte de los grupos que le precedieron, inundando y absorbiendo a la vez a algunos, y empujando a los pocos que

quedaban hacia áreas de refugio, en las que aún hoy pueden encontrarse sus huellas.

Si partiendo del Sudeste asiático, la corriente de población se orientó en dirección sur hacia Indonesia, el grupo en sí no parece otra cosa que una extensión del gran grupo a la deriva que se iba trasladando, hacia ese punto cardinal, dentro del continente mismo. Hay bastantes indicaciones de que esto haya sido así en el desplazamiento gradual, precisamente con rumbo sur, de antiguos grupos tribales y culturas en China. Los Thai, que ahora constituyen la parte dominante del grupo de Tailandia, han sido identificados como gente que vivía en el sur de China unos 2 000 años a. C., época en que estaban llevando a cabo, lentamente, su desplazamiento hacia la parte meridional, contribuyendo así, a su vez, a aumentar el alud de poblaciones que ellos mismos iban reemplazando; es decir, hacían algo parecido a lo que un objeto cuando se mueve: comunica su movimiento a otros objetos que encuentra a su paso. Los Lao, por otra parte, eran refugiados similares del sur de China. Y aun hay todavía en el Sudeste asiático otros ejemplos de grupos que habiendo vivido antiguamente en China fueron después empujados hacia el Sur.

Esta dirección particular de la expansión china no ha cesado, pues aún se realiza en nuestros días. Los Estados independientes del Sudeste asiático, los archipiélagos de Indonesia y Filipinas tienen actualmente grandes contingentes de población que provienen del mediodía de aquel enorme país, y representan el depósito, por así decirlo, de la última corriente de China; es decir, de esa antigua fuente de gente y de ideas en esta parte del mundo.

La influencia china en los movimientos de población en otras direcciones ha sido igualmente notable; pero aquí sólo nos interesan sus consecuencias en la corriente en torno al Anillo Circumpacífico. Infortunadamente, las migraciones hacia el Norte son mucho menos conocidas y, por tanto, menos documentadas. Sin embargo, es posible hacer algunas afirmaciones sobre la influencia transpacífica, de la que se dice tuvo su origen en China, sobre todo en la costa meridional. Aunque no es precisamente una idea nueva el que el hombre haya podido cruzar en los tiempos prehistóricos toda la inmensidad del Pacífico, no por eso ha ganado gran aceptación. Cuando Rivet la propuso para explicar lo que parecieron ser

extraños paralelismos encontrados en las bandas oriental y occidental del océano, pocos antropólogos, por lo menos en Estados Unidos, lo tomaron muy en serio. Hace unos treinta años, cuando por primera vez oí a Heine-Geldern manifestarle a un grupo de arqueólogos norteamericanos una convicción parecida, es decir que hubo contactos transpacíficos hace unos 1 500 a 2 000 años, recuerdo el poco entusiasmo, por no decir la actitud escéptica, de quienes lo escuchaban. No obstante, a medida que se han descubierto más y más paralelos de extraordinaria complejidad, ha venido disminuyendo aquella resistencia intelectual, así como más y más especialistas han tenido que aceptar aquel concepto, por lo menos como digno de seria investigación. Mencionaré aquí solamente unos cuantos ejemplos del tipo de pruebas que se hace necesario considerar.

Tal vez el primer dato sobre tal contacto transpacífico es el reciente descubrimiento hecho por Estrada, Meggers y Evans en Valdivia, Ecuador. Aquí, en un sitio que hasta entonces había revelado una cultura relativamente simple, basada en una economía de concheros y sin alfarería alguna, repentinamente apareció una cerámica de considerable desarrollo y habilidad técnica. No se encontraron vestigios de ninguna evolución que hubiera llevado a semejante estadio artístico. Y, lo que es más, sus descubridores no pudieron localizar aquí, en el Nuevo Mundo, ninguna fuente que explicase dicho avance, ni en cuanto al estilo ni en cuanto al tiempo. Porque al nivel en que se encontró esta cerámica se le ha asignado la fecha de 2 500 a. C., época en la que una alfarería de clase mucho más primitiva apenas empezaba a surgir en alguna parte de este Continente. Los rasgos característicos de tal cerámica de Valdivia presentan, por el contrario, gran semejanza con la cerámica del Jomón tardío, de Japón, que floreció entre 3 000 y 2 000 a. C. Los descubridores de tan interesante hallazgo sugieren que esta cerámica americana sólo pudo haber venido de Asia a través del Pacífico, ya que nada de esa clase ha sido hallado a este lado del océano en una época que explique tal hecho. Y al efecto postulan dos posibles rutas por las que pudo haber llegado a Valdivia esa influencia japonesa: una es la Corriente Ecuatorial del Este; la otra pudo haber seguido el curso de la Corriente del Japón hacia la Costa Noroeste y luego hacia el sur, a las playas cali-

fornianas, donde se encuentra con otra corriente que va hasta Ecuador.

Parecidos del mismo orden en cuanto a la naturaleza estilística, lo mismo que paralelos en cuanto a otras categorías culturales, surgen ya en tiempos más tardíos. Aquí sólo puedo ofrecer una lista parcial de ellos para ilustrar la amplitud y naturaleza de las comparaciones. Heine-Geldern ha venido acumulando, entre otros, los siguientes paralelos entre el Nuevo Mundo y Asia; moldeado a la cera perdida, aleación de cobre y estaño, coloreado del oro por proceso químico, teñido por el sistema de nudos, el parasol como símbolo de rango social, la idea de asignar ciertos colores a los puntos cardinales y el juego conocido en India como *pachesi* y en México como *patolli*. A esta enumeración podría agregarse la identificación que ha hecho Ekholm de los juguetes mexicanos de ruedas como paralelos de los dispositivos similares ampliamente extendidos en China y el Sudeste asiático durante la Edad del Bronce. Dennis Wing-Son Lou ha publicado últimamente una comparación detallada de la tradición del Dios de la Lluvia entre los mayas y los antiguos chinos, la cual descubre una similitud notable tanto en el concepto como en los detalles.

El testimonio estilístico abarca las estrechas relaciones entre la decoración de los vasos de Ulúa (Honduras) y el Chou tardío (China), el estilo de Tajín (Mesoamérica) y los motivos chinos de los siglos VII al IV a. C., la cerámica china Han y los estilos de México y Guatemala, las figuras felinas tan frecuentes en Chavín (Perú) y los motivos chinos de tigres, así como la semejanza entre los sarcófagos encontrados por todas partes en Indonesia a mediados del primer milenio a.C. con los que han aparecido exclusivamente en Colombia, en este lado del Pacífico.

Podría continuar mencionando otros paralelos, como por ejemplo los diseños en textiles investigados por Carl Schuster, la técnica de hacer telas con corteza de árbol, el uso de espejos de pirita de hierro y los sellos de barro en Mesoamérica. Y para poner los datos al día, debería referirme también a la colección ecuatoriana de modelos arquitectónicos en arcilla, los soporta-cabezas, la alfarería, las figurillas, las flautas de Pan graduadas, las pesas de barro para redes y las orejeras en forma de "embuditos de golf", todo lo cual parece encontrar un eco pronunciado en China y el Sudeste asiático.

Es posible, desde luego, descontar uno, o dos, de todos estos ejemplos en los que se encuentra una curiosa semejanza y atribuirlos a lo que ya dijimos ser la unidad psíquica del hombre; pero cuando dichos ejemplos surgen unos tras otros hasta sumar un número impresionante, cuando por otra parte los nexos cronológicos con China y el Sudeste asiático caen dentro de una conexión razonable y cuando, en fin, las investigaciones no descubren en América ninguna fuente de su origen, el argumento del paralelismo se viene abajo y uno se ve obligado a tomar en cuenta seriamente el peso de las pruebas. Durante mucho tiempo uno de los obstáculos para aceptar la evidencia de la difusión a partir de Asia, y particularmente de China, ha sido la premisa de que un viaje transpacífico de esa magnitud está más allá de la técnica y las capacidades marítimas de los navegantes prehistóricos, y aun de los de la primitiva historia asiática. De acuerdo con nuestra manera etnocéntrica de ver las cosas, hemos creído que puesto que los europeos no han sido capaces de realizar viajes de tanto atrevimiento hasta hace poco tiempo, queda descartado que los asiáticos pudieran haberlo hecho hace unos 2 000 años o más. Pero en la medida en que vamos conociendo cada vez mejor la destreza que tenían en la costa meridional china, mucho antes del comienzo de la Era cristiana, así como sobre las embarcaciones de que disponían, su tamaño, el registro de sus viajes de sorprendente duración y sus contactos comerciales, nos vamos dando cuenta también de que la factibilidad de aquellas empresas era mucho mayor de lo que hasta hace poco habíamos imaginado. Tampoco podemos ignorar la posibilidad que pueden haber tenido los viajeros perdidos a la deriva, los cuales quizá hayan jugado un papel muy importante en el fenómeno de difusión. En una costa surcada por numerosas líneas de embarcaciones o esquifes, no pudo haber sido raro que algunas de estas naves sufrieran desviaciones en su curso debido a tormentas sorpresivas y, así, empujadas hacia corrientes que, eventualmente, las trajeran a las costas del Nuevo Mundo. Han pasado ya 90 años desde que Charles Wolcott Brooks recogió datos, en registros documentados, acerca de más de 100 casos de juncos japoneses que se sabe sufrieron tal infortunio. Algunos habían bajado a tierra en las Aleutianas, otros alcanzaron la Costa Noroeste, California y México. Aunque en muchos de estos casos la tripulación había perecido

por los rigores de tanto tiempo a la deriva y sin alimentos, Brooks encontró que un número asombroso había sobrevivido, sin embargo, a la experiencia y desembarcado a salvo. Si esto ocurrió en tiempos ya recientes, no hay que forzar mucho a la imaginación para concebir episodios parecidos en épocas pasadas, especialmente cuando China hubo alcanzado un desarrollo en el arte de navegar que le permitió construir embarcaciones que soportaron tales percances e inclemencias. Heine-Geldern ha reunido informaciones en forma impresionante que demuestran que, en 400 a. C. y posiblemente antes, China había logrado ya construir embarcaciones verdaderamente notables para penetrar mar adentro, mismas que podían resistir travesías muy largas.

Por supuesto, el efecto de estos contactos hipotéticos en los patrones de asentamiento en el Nuevo Mundo es, vista la cuestión panorámicamente, de mínimas consecuencias. Su importancia, sin embargo, en la distribución de la cultura, bien puede haber sido más grande de la que comúnmente se le concede.

Aunque consciente de mis muchas omisiones en este cuadro sumamente condensado del poblamiento del Anillo Circumpacífico, no debo terminarlo sin hacer referencia, por breve que sea, a un punto de gran controversia en la discusión en torno a este problema. El viaje romántico y tan lleno de imaginación del Kon-Tiki es, para mucha gente, el símbolo de una reconstrucción de cómo fueron pobladas las islas de Polinesia, símbolo que Thor Heyerdahl ha defendido con gran vigor y entusiasmo. En el fondo, es la creencia de que las islas polinésicas fueron pobladas por los indios de América que partieron de la Costa Noroeste y del Perú. No olvido que, al dar esta versión de la prehistoria de Polinesia, pueda ser que le haga injusticia por sintetizar demasiado la exposición de sus fundamentos; pero, para decirlo en pocas palabras, mucho de lo que le sirve de base se apoya, a su vez, en testimonios extraídos de varias categorías de datos.

Uno de los que causan más impresión a primera vista es de orden botánico. Por algún tiempo ha sido un hecho establecido que el camote, conocido en Polinesia como *kumara*, se encuentra ampliamente distribuido en esas islas. De tal planta, conocida en la lengua quechua del Perú igualmente con el nombre de *kumara*, se ha dicho que es de origen ame-

ricano. Por consiguiente, su amplia distribución en Polinesia implica la idea de que fue transplantada del Nuevo Mundo por el hombre, hecho que Heyerdahl se ha apresurado a utilizar en apoyo de la teoría de que fueron los indios quienes la llevaron a Polinesia cuando colonizaron dichas islas. Se ha argumentado, con calor, sobre si fueron los propios polinesios los que, al realizar viajes de retorno a América, actuaron como agentes de dispersión, o si tal vez fueron los europeos, en época posterior. En la actualidad, el consenso general es el de que los europeos no son los responsables; pero queda la posibilidad de que los polinesios hayan podido visitar la costa peruana: hasta existe, incluso, alguna tradición que parece encajar en dicha posibilidad. Pero más arriesgada es aún la opinión adelantada por Merrill en el sentido de que el camote pudiera ser originario de África, por hibridación, y que luego fue llevado a Polinesia, vía Madagascar y las islas Mascareñas, Malasia y Nueva Guinea. Jonker, al pasar revista recientemente a todas las pruebas botánicas de Heyerdahl, además del camote —calabaza en forma de botella, coco, algodón, papaya, piña, argémón, distintas especies de malas yerbas, heliconia y una o dos más— encuentra que no son admisibles, bien sea porque no son de origen americano, bien porque se sabe fueron introducidas en Polinesia por los europeos, o porque su origen aún es una incógnita.

Otra clase de dificultad surge en cuanto a la aceptabilidad que pueda concederse a ciertas similitudes vagas, carentes de lo específico en los detalles requeridos para esta clase de comparaciones. Por ejemplo, las supuestas relaciones entre la construcción de muros en Perú y la estatuaria monolítica de la Isla de Pascua dejan mucho que desear como argumento convincente.

No obstante, queda en pie toda una serie de paralelos bastante llamativos que en realidad sugieren cierta clase de relación. Heyerdahl los considera como señales de una migración de amerindios hacia el Pacífico. Es posible, empero, algún otro tipo de explicación y éste se manifiesta en los pocos casos en que se dispone de documentación adecuada. Como ejemplo tenemos la preparación de la bebida llamada kava que en Polinesia constituye un rito ceremonial bien conocido, y está rodeado de una secuela de detalles característicos. Heyerdahl iguala tal proceso con el de una bebida parecida —la chicha—

que en los Andes está asociada con rasgos comparables, como la masticación del grano que hacen las mujeres con el fin de iniciar su fermentación. El hecho es, no obstante, que la kava o su equivalente, con todo lo que le es propio, tenía un uso muy extendido en China, Formosa, islas Ryukyu, Japón, Sajalín, Manchuria y Camboya, como lo ha demostrado Ling Shun-Sheng, mediante un cuidadoso estudio de documentos antiguos. El *patu* es otro ejemplo: esta clava de hueso es de una forma especial, se encuentra en Nueva Zelanda y ha sido identificada con un bastón que se conoce en la Costa Noroeste. Pero hoy se sabe que desde el Neolítico estas mazas han existido en China e islas adyacentes.

La distribución de tales rasgos culturales hace bastante probable que estos casos de similitud entre América y Polinesia sean el resultado no de contactos directos, ni de migración entre estas dos grandes zonas, sino de un origen común en China, de donde se extendieron en ambas direcciones; y sugiere que la mayor parte de los paralelos que quedan, si no todos, puedan explicarse por las mismas líneas de difusión y de movimiento. En realidad, tal explicación encuentra bastante apoyo no sólo en los testimonios lingüísticos, en la evidencia extraordinaria de las semejanzas culturales y en la tradición en las formas de las azuelas de piedra, sino también en los pequeños detalles de la expresión estética. Pues al final de todos estos motivos, tenemos una serie impresionante que revela fuerte concordancia entre Polinesia y China, la cual se remonta hasta los periodos Shang y Chou temprano en el segundo milenio a. C., y que incluye una continuidad extraordinaria de motivos en las escudillas de las islas Marquesas y en las tallas en madera de los maoríes.

Puede decirse que he presentado en apretada síntesis esta versión de 500 000 años de movimiento y migración humanos alrededor del Anillo Circumpacífico. Se trata de un panorama fascinante de la actividad humana, lo mismo que de la expansión del hombre y de sus ideas. Mas en esta fase aún de primeros pasos en nuestros esfuerzos por rescatar y dar sentido al pasado, sería bastante erróneo sugerir que todo esto es algo más que una aproximación tentativa. Sin embargo, este examen de una amplia sucesión de evidencias, que por cierto cubren toda un área geográfica que tiene alguna unidad en el espacio y que abarca un gran lapso de

tiempo, nos ofrece una perspectiva llena de promesas. Porque solamente cuando se dispone de un amplio conjunto de hechos misceláneos y de relaciones fluctuantes pero ya ordenados dentro de un marco coherente, es cuando uno puede percibir cierta suerte de ritmo y orientación, mismos que he tratado de delinear aquí como una hipótesis que los explique.

En dicha hipótesis he colocado a China en lo particular, pero también al Sudeste asiático, como una especie de centro dinámico desde el cual tanto las gentes como las innovaciones culturales se han expandido, primeramente dentro de una gran zona-núcleo que incluyó Indonesia; y después por medio de oleadas sucesivas que se extendieron más y más hacia la periferia, hasta que todo el Anillo Circumpacífico estuvo poblado por grupos humanos cuyos ancestros hubieron de estar sujetos a las presiones inmediatas que se generaban desde dicho centro. Incluso estoy inclinado a creer que, con el paso del tiempo, el impulso principal se concretó más cada vez en China y cada vez menos en el Sudeste asiático; pero debido a que mucho se ha perdido, resulta que en ocasiones captamos, en una especie de eco, lo que no son sino reflejos del propio centro. Quiero también expresar aquí, con una claridad más allá de cualquier duda, que al subrayar la importancia de China y su región adyacente como centro dinámico de distribución humana alrededor del Pacífico, no quiero decir que la India y sus áreas satélites no hayan ejercido, de tiempo en tiempo, influencias que repercutieron sobre Indonesia, por ejemplo, y aun sobre zonas más lejanas. Pero no encuentro, en los datos asequibles, que la India haya tenido un papel tan persistente y dominante como lo encuentro que ejerció China.

Debe hacerse aún otra aclaración: reconozco que, ocupando un lugar secundario al lado de los movimientos procedentes de China, debe haber habido otras corrientes y remolinos de menor cuantía. No he realizado esfuerzos por descubrirlos; otros lo han hecho ya. Desde luego, no cabe duda alguna de que existieron: algunos probablemente a través de circunstancias locales; otros como ramificaciones de pulsaciones mayores, de las que ya he hablado antes. Por ejemplo, ciertas influencias provenientes del Japón parecen haberse extendido en varios periodos que nuestras informaciones actuales no indican que estén conectadas con la actividad central; en el panorama total, no obstante, forman movimientos de carác-

ter únicamente subsidiario. De igual modo, las corrientes locales de difusión y, con toda probabilidad, el movimiento de población han sido identificados en Indonesia como fuerzas de expansión hacia Melanesia, las cuales pueden ser independientes o en relación, de algún modo, con desplazamientos en gran escala que sólo podremos conocer cuando tengamos más datos.

Que China y el Sudeste asiático han sido para el Anillo Circumpacífico la fuerza de mayor empuje en la distribución de hombres e ideas no significa, sin embargo, que haya sido autogenerada dicha fuerza. Por el contrario, los datos arqueológicos muestran con gran claridad que esta parte de Asia y, más tarde, específicamente China, recibieron de Occidente muchos de sus estímulos culturales, pagándole después, en su turno, con la misma moneda, pero de su propio peculio. Se formó así, a la postre, una especie de área de andamiaje o de escenificación en la que las ideas locales y las extrañas se mezclaron, generándose allí una gran fuerza cultural y humana que llegó a manifestarse a través de la larga historia que he venido esquematizando.

Por razón natural, es tentador ponerse a especular por qué ocupó China esta posición en el mundo del Pacífico. Es entonces inevitable preguntarse: ¿Por qué ejerció este país papel tan especial a lo largo de tantos milenios?; tal pregunta nos conduce al difícil terreno de la dinámica cultural, sobre la que apenas sabemos algo. Quizá un estudio detallado de todos los factores concomitantes pueda dar resultados. Por ahora sólo puedo ofrecer una o dos sugerencias que podrían arrojar alguna luz sobre este asunto.

El hecho, hasta ahora inexplicable, de que el Sudeste asiático se convirtiera, en general y desde los primeros tiempos, en el asiento de un desarrollo cultural más activo, y de que China también hiciera lo mismo a partir del Neolítico, puede haber sido la causa de que estas áreas hayan atraído para sí todos los avances según iban surgiendo. Ya se sabe que no es fenómeno común que las culturas más atrasadas absorban los últimos adelantos de la tecnología. Ahora bien, una vez que un área dada se consolida como punto de más alto nivel cultural que el de las zonas que la rodean, se transforma, a su vez, en un obvio centro de dispersión. Hoy mismo puede verse, por ejemplo, cómo un grupo humano de economía agrícola tiende a

desplazar a aquellos otros que aún funcionan dependientes de una economía más simple: la superioridad tecnológica engendra su propia fuerza expansiva y la gente se encuentra desplazada por la presión de dicha fuerza.

Además, y como ha ocurrido en otros centros de alto desarrollo, China se convirtió, desde muy antiguo, en el blanco de invasiones de los pueblos bárbaros que ocupaban su periferia. La historia de este país está llena de repetidos influjos llevados a cabo por esas hordas de bajo nivel; y las corrientes en los movimientos de población generados por tales invasiones de tipo convulsivo tuvieron, indudablemente, consecuencias insospechadas. Sabemos, por lo que nos dice la historia de otras regiones, que las grandes migraciones y la difusión cultural estuvieron frecuentemente asociadas con invasiones de esta clase.

Finalmente, uno se pregunta si el crecimiento interno de la población, con la ayuda de ajustes culturales y técnicos de más alta eficiencia, no habrá generado también presiones internas de población que jugaron su parte en la formación del poder que hemos venido considerando: poder que, desde luego, desempeñó papel de gran importancia en el poblamiento del Anillo Circumpacífico.¹

BIBLIOGRAFÍA

BEARDSLEY, RICHARD K.

1962 *Far East: Japan. COWA Survey, Area 17, no. 2, pp. 1-5.*

BEYER, H. OTLEY.

1940 *The stone age in the history of Ceylon. Proc. 6th Pacific Sci. Congr., vol. 4, pp. 153-156.*

BROOKS, CHARLES WOLCOTT.

1876 *Japanese wrecks, stranded and picked up adrift in the North Pacific Ocean, ethnologically considered... Read before Calif. Acad. Sci., March 1.*

¹Damos a conocer en castellano la tesis del destacado antropólogo H. L. Shapiro, del Museo Americano de Historia Natural de Nueva York, acerca del tan controvertido tema del paralelismo o la difusión como origen de las culturas pre-colombinas.

El original inglés fue publicado por *The Thomas Burke Memorial Lecture, 1964, Washington State Museum (Seattle, Estados Unidos)*. Agradecemos al Editor y al autor la gentil autorización que nos han concedido para esta traducción de L. J. Zavala (*Juan Comas*).

CHANG, KWANG-CHIH.

1961 Far East. *COWA Survey*, Area 17, no. 2, pp. 1-14.

DUFF, ROGER.

1959 Neolithic adzes of eastern Polynesia. In: Freeman, J. D., and W. R. Geddes (Eds.), *Anthropology in the South Seas*, pp. 121-147. New Plymouth, New Zealand.

EKHOLM, GORDON F.

1960 Trans-Pacific contacts. *Asian Perspectives*, vol. 4, nos. 1-2, pp. 131-132.

1964 Trans-Pacific contacts. In: Jennings, Jesse D., and Edward Norbeck (Eds.), *Prehistoric Man in the New World*, pp. 489-510. Chicago.

EMORY, KENNETH P.

1959 Origin of the Hawaiians. *Jour. Polynesian Soc.*, vol. 68, no. 1, pp. 29-35.

1960 Pacific islands. *COWA Survey*, Area 21, no. 2, pp. 1-8.

ESTRADA, EMILIO, BETTY J. MEGGERS and CLIFFORD EVANS

1962 Possible transpacific contact on the coast of Ecuador. *Science*, vol. 135, January-March, pp. 371-372.

HARRISON, TOM

1958 The caves of Niah: a history of prehistory. *Sarawak Mus. Jour.*, vol. 8, no. 12, new ser., pp. 549-595.

HEEKEREN, H. R. VAN

1957 The stone age of Indonesia. *Verhandel. Koninklijk Inst. voor Taal-, Land-, en Volkerkunde*, vol. 21. 's-Gravenhage, Martinus Nijhoff.

HEINE-GELDERN, ROBERT VON

1932 Urheimat and früheste Wanderungen der Austronesier. *Anthropos*, vol. 27, pp. 543-619.

1937 L'art pré-Bouddhique de la Chine et de l'Asie du Sud-Est et son influence en Océanie. Extrait: *Revue des Arts Asiatiques*, vol. 11, no. 4, Paris.

1945 Prehistoric research in the Netherlands Indies. In: Honig, Pieter, and Franz Verdoorn (Eds.), *Science and Scientists in the Netherland Indies*, pp. 129-167.

1946 Research on Southeast Asia: problems and suggestions. *Amer. Anthropol.*, vol. 48, no. 2, pp. 149-175.

1958 Un nouveau parallèle entre l'Amérique du Sud précolombienne et l'ancienne Asie Sudorientale. *Miscellanea Paul Rivet*, vol. 2, pp. 219-226.

1959 Chinese influences in Mexico and Central America. *Actas 33rd Congr. Internatl. Americanistas*, San José, Costa Rica, vol. 1, pp. 195-210.

HEWES, GORDON W.

- 1942 The Ainu double foreshaft toggle harpoon and western North America. *Jour. Washington Acad. Sci.*, vol. 32, no. 4, pp. 93-104.

HEYERDAHL, THOR.

- 1952 *American Indians in the Pacific: the theory behind the Kon-Tiki expedition*. London.

- 1963 Feasible ocean routes to and from the Americas in pre-Columbian times. *Amer. Antiquity*, vol. 28, no. 4, pp. 482-488.

HOOIJER, D. A.

- 1956 The lower boundary of the Pleistocene in Java and the Age of Pithecanthropus. *Quarternaria*, vol. 3, pp. 5-10. Rome.

JONKER, F. P.

- 1961 Heyerdahl's Kon-Tiki theory and its relation to ethnobotany. *Ann. Rept. Smithsonian Institution*, pp. 535-550.

KOENIGSWALD, G. H. R. VON.

- 1956 Remarks on some prehistoric cultural contacts of the Indonesian region. *Quarternaria*, vol. 3, pp. 61-68. Rome.

- 1960 On the Asiatic origin of certain Pacific weapons. *Bull. Inst. Ethnol. Acad. Sinica*, no. 10, pp. 1-8. Taipei.

KRIEGER, ALEX D.

- 1964 Early man in the New World. In: Jennings, Jesse D. and Edward Norbeck (Eds.), *Prehistoric Man in the New World*, pp. 23-81. Chicago.

LING, SHUN-SHENG.

- 1956 Patu found in Taiwan and other East Asiatic regions and its parallels in Oceania and America. *Bull. Dept. Archaeol. Anthrop.*, no. 7, pp. 82-104. National Taiwan University.

- 1957 Kava-drinking in China and East Asia. *Bull. Inst. Ethnol. Acad. Sinica*, no. 4, pp. 25-30. Taipei.

- 1960 Certain jade and stone weapons of ancient China and their affinities in the Pacific. *Ibid.*, no. 10, pp. 27-40.

LOU, DENNIS WING-SON.

- 1957 Rain-worship among the ancient Chinese and the Nahuatl Maya Indians. *Ibid.*, no. 4, pp. 31-102.

MCCARTHY, FREDERICK D.

- 1958 Culture succession in south eastern Australia. *Mankind*, vol. 5, no. 5, pp. 177-190.

MULVANEY, D. J.

- 1960 Archaeological excavations at Fromm's Landing on the lower Murray River, South Australia. *Proc. Royal Soc. Victoria*, vol. 72, pp. 53-86.

OSBORNE, DOUGLAS.

- 1958 The Palau Islands, stepping stones into the Pacific. *Archaeol.*, vol. 11, no. 3. New York.

SERIZAWA, CHOSUKE, and FUMIKO IKAWA.

- 1958 The oldest archaeological materials from Japan. *Asian Perspectives*, vol. 2, no. 2.

SHARP, ANDREW.

- 1960 Pacific adzes and migrations. *Jour. Polynesian Soc.*, vol. 69, no. 1, pp. 39-42.

SIEVEKING, ANN.

- 1958 The palaeolithic industry of Kota Tampan, Perak, north-western Malaya. *Asian Perspectives*, vol. 2, no. 2, pp. 91-102.

SKINNER, H. D.

- 1957 Migrations of culture in Southeast Asia and Indonesia. *Jour. Polynesian Soc.*, vol. 66, pp. 206-207.

SMITH, C. EARLE, JR., and RICHARD S. MACNEISH.

- 1964 Antiquity of American polyploid cotton. *Science*, vol. 143, feb. 14, pp. 675-676.

SOLHEIM, WILLIAM G., II.

- 1958 The present status of the "palaeolithic" in Borneo. *Asian Perspectives*, vol. 2, no. 2, pp. 83-90.
- 1960 Indonesia. *COWA Survey*, Area 20, no. 2, pp. 1-3.

STEWART, T. D.

- 1960 A physical anthropologist's view of the peopling of the new world. *Southwestern Jour. Anthrop.*, vol. 16, no. 3, pp. 259-273.

TINDALE, NORMAN B.

- 1959 Ecology of primitive aboriginal man in Australia. *Monogr. Biol.*, vol. 8, pp. 36-51. The Hague.

YEN, D. E.

- 1960 The sweet potato in the Pacific: the propagation of the plant in relation to its distribution. *Jour. Polynesian Soc.*, vol. 69, no. 4, pp. 368-375.